

DOMINGO XXVII ORDINARIO “A”

“El Reino comienza con la Muerte y Resurrección de Cristo”

Is 5,1-7:	“La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel”
Sal 79,9-20:	“La viña del Señor es la casa de Israel”
Flp 4,6-9:	“El Dios de la paz estará con ustedes”
Mt 21,33-43:	“Arrendará la viña a otros labradores”

I. LA PALABRA DE DIOS

El Evangelio anuncia la *tercera parábola del Reino* (ver los dos domingos anteriores), que resume la historia salvífica: las predilecciones de Dios; su Pueblo; los profetas, los enviados para recoger los frutos de la viña, asesinados por los viñadores; el Hijo, Enviado por excelencia, a quien «**mataron**»; la desolación de Jerusalén...

El acento de la parábola –sobre todo a la luz de la *canción de la viña* que leemos en la primera lectura– está puesto en el amor de Dios por su viña: la cavó, le quitó las piedras, la plantó de cepa exquisita, la rodeó de una cerca... Todas ellas son expresiones que indican el cuidado delicado y amoroso que Dios ha tenido para con su Pueblo, Israel, elegido para anunciar y llevar la salvación a todas las naciones; y que tiene para con cada uno de nosotros, su nuevo Pueblo. Para darnos cuenta de ello hace falta detenernos a contemplar la historia de la salvación entera y la historia de nuestra vida: cómo Dios se ha volcado con ternura de manera sobreabundante. De ahí la queja dolorida del corazón de Dios ante la falta de correspondencia a su amor: «**¿Qué más pude hacer por mi viña que no lo haya hecho?**»

Y el lado luminoso de la misma historia: el desenlace salvador, «**la piedra que desecharon los arquitectos... es ahora la piedra angular... ha sido un milagro patente**». Consecuentemente el Reino pasa «**a un pueblo que produzca sus frutos**», a la Iglesia, el “nuevo Israel” reunido por Jesús en torno a sus doce Apóstoles, el pueblo de la última hora, los contratados al “atardecer”, nosotros.

Ante tanto cuidado y tanto amor se entiende mejor la gravedad de la falta de respuesta. Dios ha preparado la viña y la ha puesto en nuestras manos haciendo alianza con nosotros. Y he aquí lo absurdo del pecado: esa viña tan cuidada por parte de Dios no da todavía el fruto que le corresponde.

Pero lo peor, lo que es realmente monstruoso, es que los viñadores se toman la viña por suya, desprecian do al dueño. Esto es lo que ocurre en todo pecado:

en vez de vivir como hijo, recibiendo todo de Dios, en dependencia de Él, el que peca se siente dueño, disponiendo de los dones de Dios a su antojo, hasta el punto de ponerse a sí mismo en lugar de Dios. He aquí la atrocidad de todo pecado. Por eso también a nosotros se dirige la amenaza de Jesús de quitarnos la viña y entregarla a otros que den fruto.

Acosados por el desmesurado aprecio por la pertenencia y propiedad de las cosas, puede resultar difícil entender que no somos propietarios del Reino de Dios, sino llamados a trabajar en lo que es propiedad de Dios (la “viña”, su Reino) y a dar fruto.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Dios ama a su pueblo
(595 – 598)

Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel, este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres **de todas las naciones**.

Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un **designio de amor benevolente** que precede a todo mérito por nuestra parte: «*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*» (1 Jn 4, 10). «*La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros*» (Rm 5, 8).

La muerte redentora de Cristo
(599 – 605)

La **muerte violenta de Jesús** no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. **Pertenece al misterio del designio de Dios**, como lo explica S. Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: «*fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios.*»

Este designio divino de salvación a través de la muerte del «*Siervo, el Justo*» (Is 53, 11) había sido anunciado antes en la Escritura como un **misterio de**

redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la **esclavitud del pecado**. San Pablo dice que «*Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras*». La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del **Siervo doliente** (Is 53, 7-8). Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente (Mt 20, 28). Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús y a los propios apóstoles.

La Iglesia, en el magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos, no ha olvidado jamás que **los pecadores mismos fueron los autores** y como los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor. Teniendo en cuenta que **nuestros pecados alcanzan a Cristo mismo**, la Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad más grave en el suplicio de Jesús.

No se puede atribuir la responsabilidad del proceso al conjunto de los judíos de Jerusalén, ni se puede ampliar esta responsabilidad a los restantes judíos en el espacio y en el tiempo. Tanto es así que la Iglesia ha declarado en el Concilio Vaticano II: “Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy.”

Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a **los que continúan recayendo en sus pecados**. Ya que son nuestras malas acciones las que han hecho sufrir a Nuestro Señor Jesucristo el suplicio de la cruz, sin ninguna duda los que se sumergen en los desórdenes y en el mal «*crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia*» (Hb 6, 6). Y es necesario reconocer que **nuestro crimen en este caso es mayor que el de los Judíos**. Porque según el testimonio del Apóstol, «*de haberlo conocido ellos no habrían crucificado jamás al Señor de la Gloria*» (1 Co 2, 8). Nosotros, en cambio, hacemos profesión de conocerle. Y cuando renegamos de Él con nuestras acciones, ponemos de algún modo sobre Él nuestras manos criminales.

Todos formamos parte del grupo de viñadores que mataron al Hijo. Pero el desenlace de la Cruz fue la Resurrección, con la **nueva llamada al Reino**, que comienza en la Iglesia, a todos los hombres.

Los cristianos somos “la viña del Señor” (1695)

Justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios, santificados y llamados

a ser santos, los cristianos se convierten en «*el templo del Espíritu Santo*». Este "Espíritu del Hijo" nos enseña a orar al Padre y, haciéndose vida en nosotros, nos hace obrar para dar «*los frutos del Espíritu*» por la caridad operante. Curando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente por una transformación espiritual, nos ilumina y nos fortalece para vivir como «*hijos de la luz*», «*por la bondad, la justicia y la verdad*» en todo.

Los cristianos somos llamados a llevar en adelante una «*vida digna del Evangelio de Cristo*». Por los **sacramentos** y la **oración** recibimos la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que nos capacitan para ello.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza pertenes y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios” (S. León Magno).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*Hora de la tarde,
fin de las labores.
Amo de las viñas,
paga los trabajos
de tus viñadores.

Al romper el día,
nos apalabrate.
Cuidamos tu viña
del alba a la tarde.
Ahora que nos pagas,
nos lo das de balde,
que a jornal de gloria
no hay trabajo grande.*

*Das al vespertino
lo que al mañanero.
Son tuyas las horas
y tuyo el viñedo.
A lo que sembramos
dale crecimiento.
Tú que eres la viña,
cuida los sarmientos.*

Amén.